



Las letras, al servicio de la ley

Son altos, guapos y, al final, casi todos con dinero. Listos como linces; honestos, justos, valerosos y duros; muy duros. Desprecian la vida propia y la ajena. Desconocen el miedo al presente, al pasado y al futuro. Y por encima de todo siempre un solo objetivo: EL SERVICIO A LA LEY. Todos, alguna vez, nos hemos identificado con ellos.

Acaba de fallarse el premio Planeta. Un ganador: Torrente Ballester; un finalista: Ricardo de la Cierva. Ambos conocidos. Ambos famosos. Uno excelente. El otro de pena. Pero tanto el uno como el otro venderán sus obras galardonadas en gran número. Y ocurrirá lo que ocurra, ambos, bueno y malo, pasarán a la historia de la literatura. Med Ryman, Anthony Benson, G. Bernard de Ferrer, cuyos nombres verdaderos podrían ser Ramón Medina, Antonio Benito y Bernardo García de Ferrer, nunca ganaron el premio Planeta; nunca, que se sepa, se presentaron a él. Y sin embargo, vendieron muchos ejemplares de sus obras y escribieron cientos de ellas. Si decimos que un autor de su misma categoría y línea se llamaba Marcial la Fuente Estefanía, situaremos mejor a estos nada famosos autores y nos expliquemos el por qué de su fracaso, de su poco renombre a pesar de sus elevadas ventas.

Sus lectores pueden ser juveniles, allá, por ejemplo, en los años cincuenta, encerrados en un servicio de colegio de curas y devorando aventuras de los "Rurales de Tejas". También jóvenes adolescentes que, sentados a la solana, en cualquier arrabal de hambre, sueñan con la acción trepidante de los hombres del F.B.I. O porteros de inmuebles que, con las piernas hundidas en la mesa camilla, al calor del brasero, viven hazañas gloriosas en lejanos países.

Siempre se ha conocido como "literatura barata", como subgénero dentro de los subgéneros. Sus temas son fundamentalmente el oeste americano, los gangsters o espías, los aventureros de varía calaña. Fundamentalmente con héroes americanos.

Allá por los años veinte y treinta las novelas de aventuras, de bastante mejor calidad que éstas, eran fundamentalmente inglesas, para mayor gloria del Imperio. La Segunda Guerra Mundial dio al traste con el Imperio, con las novelas inglesas y sus aventuras, y todo de un solo golpe.

En la postguerra, esa postguerra española que se endureció de una forma cruel con el aislamiento internacional, el pueblo español tuvo que recurrir a esta sub-especie de las subespecies, y fabricarse héroes que trabajaban y vivían en un mundo extraño y lejano de cine, —tema del que quizá otro día hablaremos— y que entre otras cosas les calentaba el cerebro y les hacía olvidar el hambre. La costumbre de leer esta literatura continúa, pero los tiempos han cambiado para todos. Hoy pueden verse hombres mayores, muchos de ellos jubilados, que en los mercadillos matinales del domingo intercambian "noveluchas" del oeste o de espías como en los mejores tiempos. Pero a su lado, críos de diez años y adolescentes de diecisiete trajinan con cómics de "la Marvel", cosa que quizá tenga algo que